

» resistir. Pero nos, pobre monje, habitante de las selvas, mas  
 » acostumbrado á cultivar la tierra que á pronunciar arengas,  
 » guardáramos silencio, si no estuviesen comprometidos por  
 » el cisma de Pedro de Leon los intereses sagrados de la fe, la  
 » paz de la Iglesia, el reposo del mundo. Solo hay una arca  
 » de salvacion, como en tiempo del diluvio hubo solo la de Noé.  
 » Mas se ha querido fabricar otra nueva, y ahora que hay dos,  
 » es necesario que una de ellas sea falsa. Si el arca de Pedro  
 » de Leon es el arca de Dios, como quereis, la de Inocencio es  
 » falsa y tiene que perecer. Pero entonces perecerian con ella  
 » la Iglesia de Oriente y la de Occidente, la Francia, la España,  
 » la Alemania, la Inglaterra, las islas mas lejanas, los reinos mas  
 » remotos. Fueran anegadas en este naufragio universal las  
 » órdenes regulares de los Camaldulenses, de los Cartujos, de  
 » los Cluniacenses, de los Gran-Montanos, de los Cistercienses,  
 » de los Premostratenses y toda esa infinidad de siervos y sier-  
 » vas de Dios. Solo, de todos los príncipes de la tierra, Roge-  
 » rio de Sicilia ha entrado en el arca de Pedro de Leon; con  
 » que todos los demás perecerán; todos, excepto Rogerio.  
 » Rogerio solo será salvado. No permitirá Dios perezca la re-  
 » ligion del universo entero, y que logre el reino de los cielos  
 » la ambicion de un Pedro de Leon, cuya vida y escándalos  
 » conoce todo el mundo.» A estas palabras juntas á una elo-  
 » cuencia abrasadora, toda la asamblea prorumpió en aplausos,  
 » é instantáneamente resonó el grito universal de ¡*Viva Inocen-*  
 » *cio II, papa legítimo!* Acercándose á Pedro de Pisa, el santo  
 » abad le tomó la mano diciéndole: «¡Vamos! si quereis creerme,  
 » entremos ambos en el arca de salvacion.» La gracia habia to-  
 » cado el corazon del sabio cardenal, al mismo tiempo que le  
 » habia subyugado la elocuencia de san Bernardo; y algunos  
 » dias despues Pedro de Pisa se presentó á Inocencio II, dán-  
 » dole testimonio de sumision y fidelidad. Aun vacilaba Rogerio;  
 » porque le tenian atado al partido de Anacleto lazos de intere-  
 » ses aun mas difíciles de romper que las mas duras cadenas.  
 » Pero la muerte del antipapa, acaecida en el 16 de enero de 1138,  
 » acabó de desilusionarle en sus quiméricas esperanzas cismáti-

cas. Vanamente eligieron los sectarios, para sucederle, á un fantasma de papa que tomó el nombre de Víctor IV. La opinion pública de la Italia meridional, ya ilustrada acerca de esta cuestion de obediencias, se pronunció irresistiblemente por Inocencio II. El pretense Víctor IV vino una noche á verse con san Bernardo, el cual haciéndole quitar la capa, mitra y demás ornamentos pontificales, le condujo á los piés del papa. El vicario de Cristo acogió bondadosamente á esta oveja descarriada, le perdonó su culpa, y le restableció en la comunion de la Iglesia el 29 de mayo de 1138. Así acabó el cisma. En el siguiente dia escribió san Bernardo á Jofredo, abad de Clara-val, diciéndole: «El dia de la Octava de Pentecostés, dia de  
 » bendicion y misericordia, el Señor ha colmado nuestros de-  
 » seos, dando unidad á la Iglesia y paz á Roma. En este dia  
 » todos los hijos de Pedro de Leon se han humillado á los piés  
 » del papa y le han prestado juramento... Parto llevando por  
 » premio de mi larga ausencia la victoria de Cristo y la paz de  
 » la Iglesia...» Cinco dias despues, dejó á Roma el abad de Clara-val por la última vez, llevándose el agradecimiento, amor y admiracion de los pueblos, los cuales salian á su encuentro pidiéndole llorosos su bendicion.

19. Para extirpar mas eficazmente los desórdenes introducidos por el cisma, Inocencio II convocó para el mes de abril de 1139 el décimo concilio general, segundo de Letran. Jamás se vió otro tan numeroso. Se hallaron en él cerca de mil obispos, entre los cuales los tres patriarcas de Antioquía, Aquileya y Grado. En su elocuente discurso de apertura, previno el papa desde luego que ni por falsa compasion ni por afecto mal entendido dejaria de obrar cual convenia. «La regla de nues-  
 » tra conducta será la de san Agustín. Cuando se trata de  
 » atrevidos que se han separado de la Iglesia católica y de la  
 » unidad de Cristo, no hay que pretextar la regularidad de  
 » costumbres para usar de indulgencia excesiva. Guardémonos  
 » de dejar impune su temeridad, ni de que estos sacrílegos  
 » gocen en paz del crimen de cánones quebrantados y jurisdic-  
 » cion usurpada.» Todos los padres asintieron á las intencio-

nes del papa, y exclamaron: « Anulamos cuanto ha hecho » Pedro de Leon; degradamos á los que ha ordenado; depone- » mos á los que ha consagrado. » La sentencia fué ejecutada. Se llamó nominalmente á todos los obispos presentes en el concilio que habian abrazado el partido del antipapa: pusieron en manos de Inocencio II el báculo, el anillo y el palio. El romano pontífice restableció acto continuo á algunos en su dignidad, y á petición expresa de san Bernardo, el cardenal Pedro de Pisa fué de los restablecidos. El concilio promulgó treinta cánones de disciplina, los cuales renovaban, la mayor parte, las penas ya decretadas contra la usurpacion de los privilegios eclesiásticos por los príncipes seculares, contra la simonía é incontinencia de los clérigos. Por fin, en la última sesion, el papa pronunció sentencia de excomunion contra Rogerio, duque de Sicilia, que se obstinaba en someterse á la Iglesia romana y á su cabeza. Al saber esto, el duque partió de la Sicilia con un ejército, recorrió la Apulia como vencedor. Se le sometieron todas las ciudades y pueblos de la Italia meridional, á excepcion de Troja y Bari. Por su lado, Inocencio II juntó tropas fieles, se avanzó contra el enemigo, resuelto á detener el torrente que amenazaba á Roma. Ambos ejércitos se encontraron al pié del Monte Casino, pero antes de batirse se entablaron negociaciones. Ya estaban concluidas las bases de un tratado, cuando hollando el derecho de gentes y la fe jurada, el hijo de Rogerio sorprendió al papa en una emboscada y le hizo prisionero el 10 de julio de 1139. Un acontecimiento tan imprevisto ponía á Inocencio II en el mayor peligro, y todo era de temer. Pero la Providencia lo dispuso de otro modo. Rogerio temió aprovecharse de su victoria, y el papa, encadenado, le pareció tal vez mas temible que estando libre y con las armas en la mano. Volvió á seguir las negociaciones con el augusto prisionero en el mismo punto en que habian quedado. Las principales cláusulas del tratado fueron que el papa le concedia el título de rey de Sicilia, el ducado de la Apulia para uno de sus hijos, y para el otro el principado de Capua. Cuando todo se acabó definitivamente, el rey y sus

dos hijos fueron á echarse á los piés de Inocencio II, le pidieron perdon por las injurias y violencias cometidas contra su persona, y le juraron fidelidad. El tratado fué firmado por ambas partes el 25 de julio de 1139, lo que comunicó el papa á todo el mundo católico por medio de una bula que contiene todos los artículos, y que es el título primitivo de ereccion del reino de Nápoles.

20. El pontificado de Inocencio II estaba destinado á realizar hasta el fin la profecía de los cardenales cuando le inauguraron soberano pontífice. En muy poco estuvo no renacer la funesta contienda de las investiduras á la muerte del arzobispo de Bourges, Alberico, con mas furia tal vez que antes. Luis el Joven quiso intervenir en la eleccion y hacer nombrar para la silla vacante á un clérigo que no tenia otro título sino el favor del rey. El capítulo pasó por cima y nombró á Pedro de la Chatre, digno de este eminente puesto por sus virtudes. Luis el Joven se negó á ratificar este nombramiento. Pedro de la Chatre se fué á Roma, y hallando el papa canónica la eleccion, le consagró por sí mismo y le envió á tomar posesion de su silla. Mas el rey habia prohibido recibir á Pedro de la Chatre ni en Bourges ni en ninguna parte de sus Estados. El arzobispo proscrito halló un asilo en el palacio de Tibaldo, conde de Champaña: fueron puestos en entredicho todos los dominios del rey, y se ejecutó rigurosamente la sentencia. Se complicaron además las dificultades por un incidente de otro género. Roaldo, conde de Vermandois y pariente de Luis el Joven, estaba casado hacia muchos años con una sobrina del conde de Champaña. Con un frívolo pretexto quiso anular esta union para casarse con la princesa Petronila, hermana de la reina Eleonor de Guiena: halló tres obispos complacientes y cortesanos que juraron haber grado prohibido entre ambos consortes, y declararon nulo el matrimonio. Roaldo, pues, repudió la sobrina del conde de Champaña, y se casó con Petronila, hermana de Luis el Joven, que de esta suerte era cuñado suyo. Tibaldo de Champaña y el santo abad de Claraval defirieron la causa al papa, suplicándole que protegiera la santi-

dad del matrimonio contra las empresas de Roaldo, como mantenía la libertad de las elecciones episcopales contra los atentados de Luis el Joven. Inocencio II excomulgó al conde de Vermandois, y por medio de Yvo, su cardenal legado en Francia, renovó el entredicho ya decretado para todo el reino.

21. Este acto vigoroso llenó toda Francia de consternación. Las iglesias cerradas, interrumpidos los sagrados oficios y las ceremonias eclesiásticas, la privación de los sacramentos excepto casos de necesidad *in extremis*, la sepultura cristiana despojada de todo aparato religioso, todos efectos del entredicho, llenaron de espanto á las poblaciones cuya alma y vida era la fe. San Bernardo se interpuso entre el papa y el rey. « No » intentamos, decía al primero, excusar al rey : pedimos gracia por sus pocos años y su inexperiencia. Perdonadle, si es » posible sin comprometer la libertad de la Iglesia y el respeto » debido á un arzobispo consagrado de manos del soberano » pontífice. » Luis el Joven, arrastrado por la inconsiderada fogosidad de su edad y llevado de pérfidos consejos, había hecho el temerario juramento de no reconocer jamás al arzobispo de Bourges. La excomunión del conde de Vermandois dobló su cólera; y para castigar al conde de Champaña por haber osado dar asilo al arzobispo proscrito, y sobre todo para castigarle por haber deferido el juicio de Roaldo al tribunal del papa, entró á mano armada en las tierras de Tibaldo. En 1142, habiéndose apoderado de Vitry, dió la orden bárbara de incendiar esta población. La desgraciada ciudad fué reducida á cenizas. El fuego prendió en la iglesia, á donde se habían refugiado mas de 1300 personas, hombres, mujeres y niños: todos, todos perecieron quemados ó sofocados. El infausto recuerdo de esta crueldad se ha perpetuado, llamándole desde entonces *Vitry-le-Brûlé*. Luis el Joven expió mas tarde con los mayores remordimientos y con una peregrinación á los santos Lugares este acto de barbarie. Mas por entonces continuó la guerra con éxito vario. Inocencio II no vió el fin de esta. Por otra parte ensangrentaban la población romana discordias intestinas. Este pueblo inconstante y vano, olvidando

la fidelidad y agradecimiento debidos á la Santa Sede, quiso sustraerse al yugo del soberano pontífice. Comenzaban á fermentar en las cabezas exaltadas los recuerdos de la república romana. Se estableció un senado en el Capitolio, como si la gloriosa misión de Roma cristiana, que reina en el universo por la cruz, no fuera mas digna de la ambición de los Romanos que las tumultuosas tradiciones del Foro y de los Gracos. En medio de esta gran perturbación de la sociedad, murió el papa Inocencio II el 24 de setiembre de 1143, después de un pontificado de ocho años.

22. La relación de los acontecimientos borrascosos de su pontificado no nos ha permitido echar una mirada sobre el movimiento de doctrinas erróneas que se iban esparciendo en la Iglesia, como la zizaña en el campo del padre de familias. El retiro de Abelardo á Provins había llevado á este sitio hasta tres mil discípulos, que se alojaban en las barracas ó chozas vecinas, porque la población no era hartamente crecida para abrigar este aumento de vecindad. El doctor la abandonó muy pronto, y se retiró cerca de Nogent-sur-Seine, á una soledad que luego llamó el *Paraceto* (lugar de consuelo), donde mas tarde vino á fijarse también Heloisa con sus monjas: El Paraceto se pobló muy pronto de una muchedumbre ansiosa de oír á Abelardo, y se construyeron como por encanto gran número de celdas particulares en torno del monasterio principal, donde moraba el ilustre doctor. Entretanto ya había examinado san Bernardo la *Teología* de Abelardo, movido por las muchas reclamaciones que se le dirigían contra ella. Descubrió errores formales, y se sacaron de esta obra trece proposiciones dignas de censura. Decía Abelardo: « En Dios, los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo son impropios, y solamente son una descripción » figurada de la plenitud del soberano Bien. — El Padre es la » potencia plena; el Hijo es cierta potencia; El Espíritu Santo » no es potencia. — Las sugerencias del demonio en los hombres » se hacen por medios puramente físicos. — No contraemos » de Adán la culpa del pecado original, sino solamente la » pena. — No se comete ningún pecado por la concupiscencia,

» la delectacion y la ignorancia, que no son sino disposiciones  
 » naturales. » No habiendo tenido resultado alguno una confe-  
 » rencia entre san Bernardo y Abelardo, pidió este defender su  
 » ortodoxia contra el abad de Claraval, en el concilio que tenia  
 » que celebrarse y se celebró en efecto en 1140, en Sens. Sin  
 » embargo, Abelardo en lugar de discutir, se contentó con apelar  
 » al papa, y se salió del concilio con sus partidarios. Los obispos  
 » respetaron esta apelacion y suspendieron su juicio sobre Abe-  
 » lardo : solo sí, formularon una censura contra las doctrinas  
 » que habian sido sometidas á su exámen y la remitieron á Ino-  
 » cencio II, con una carta en que hacian saber al papa la ape-  
 » lacion interpuesta para ante su tribunal supremo. Todo hace  
 » creer que Abelardo habia procedido de buena fe : antes de  
 » partir para Roma, publicó un escrito en que desaprobaba  
 » cuantos errores se le atribuian. Al pasar por Lyon supo que  
 » Inocencio II habia confirmado la sentencia del concilio y con-  
 » denado su obra. Escribió entonces al soberano pontífice una  
 » carta llena de sumision, en la cual le declaraba que desistia de  
 » su apelacion y suscribia explicitamente á la condenacion decre-  
 » tada contra él. Fué á echarse en los brazos de Pedro el Vene-  
 » rable, abad de Cluny, suplicándole le recibiese bajo su direc-  
 » cion y regla, y le ayudase á acabar santamente una vida tan  
 » horrascosa. San Bernardo aplaudió esta santa resolucion y le  
 » escribió cartas muy tiernas animándole á la perseverancia.  
 » Enteramente desengañado de las ilusiones de su larga y varia  
 » carrera de amarguras y tristezas, Abelardo acabó sus dias  
 » practicando la mas sincera y austera penitencia, las virtudes  
 » mas eminentes. Despues de su muerte, acaecida en 1142,  
 » Pedro el Venerable se encargó de participar la noticia de ella  
 » á Heloisa. Le decia, pues, el venerable y santo abad : « No  
 » me acuerdo haber presenciado mas humildad, mas mortifi-  
 » cacion. Yo me admiraba de que un hombre que habia  
 » llenado al mundo con su fama pudiera humillarse á tal punto.  
 » Guardaba en su comida y necesidades de la vida la misma  
 » sencillez que en su hábito. Leia de continuo la sagrada Escri-  
 » tura ; oraba sin cesar, y observaba silencio perpetuo, inter-

» rumpido solamente por los sermones y pláticas que hacia á  
 » la comunidad. Desde que le reconcilié con la Santa Sede,  
 » celebraba misa todos los dias. Atacado de la enfermedad que  
 » le llevó al sepulcro, hizo venir á los monjes, sus hermanos,  
 » pidió perdon por sus escándalos pasados, protestó su celo  
 » por la fe católica, hizo humilde confesion de sus pecados, y  
 » recibió el santo viático con sentimientos de la mas fervorosa  
 » piedad. Así fué como Abelardo entregó su alma á Dios, su  
 » creador. » ¡ Dichosos siglos en que la fe fundaba asilos á los  
 » talentos descarriados, donde el genio sublime expiaba sus  
 » extravíos en brazos de la penitencia, en que, si la Iglesia tenia  
 » que deplorar caidas ilustres, tambien admiraba ilustres arre-  
 » pentimientos !

23. Las teorías republicanas de Roma pagana, que habian  
 » querido resucitar los facciosos en la ciudad de los pontífices,  
 » habian tenido por apóstol y tribuno un discípulo de Abelardo,  
 » Arnaldo de Brescia. La contienda de las investiduras habia  
 » conmovido de tal modo la opinion pública de Europa, que  
 » produjo en los ánimos una corriente de ideas atrevidas. Del  
 » principio de la independenciam de ambos poderes, espiritual y  
 » temporal, algunos novadores habian sacado por consecuencia :  
 » « que así como los bienes espirituales pertenecen á la Iglesia  
 » sola, del mismo modo pertenecen exclusivamente á los prin-  
 » cipes los bienes temporales, los cuales son incompatibles con  
 » el ejercicio del poder eclesiástico. » Tal fué la tesis, frecuen-  
 » temente reproducida posteriormente, que sostenia Arnaldo de  
 » Brescia. A su regreso de Francia, donde habia seguido sus  
 » estudios bajo la enseñanza de Abelardo, este novador recorrió  
 » la Italia, declamando contra la soberanía temporal del papa,  
 » contra los dominios y feudos eclesiásticos, contra las riquezas  
 » y bienes de los abades y clérigos. « Todos estos bienes, decia,  
 » no pueden pertenecer sino á los príncipes seculares, que no  
 » tienen derecho de disponer de aquellos sino á favor de los  
 » legos. El clero debe vivir de los diezmos y oblaciones volun-  
 » tarias del pueblo. » El décimo concilio general de Letran  
 » condenó la doctrina del sectario. Arnaldo de Brescia dejó la

Italia, pasó los Alpes y se refugió en Zurich, donde volvió á esparcir sus errores. Mas tarde veremos figurar su nombre en luchas sangrientas y guerras civiles.

24. Mientras que el error afligia de consuno con el cisma á la Iglesia, se manifestaba una generacion de santos doctores y de piadosos escritores que defendian la verdad. Guillermo, abad de San Thierry de Reims, fué el primero que descubrió el veneno oculto en las obras de Abelardo, y para su remedio compuso el hermoso *Tratado de la Eucaristía*, monumento precioso que continúa la cadena de la tradicion católica á favor del dogma de la presencia real. — Algerio, canónigo de Lieja, trató de este asunto por la misma época. Publicó además un opúsculo recomendable sobre *la Gracia y el libre albedrío*. — Ruperto, abad de Tuy, en virtud de luces sobrenaturales que le fueron comunicadas en sus oraciones, escribió obras sorprendentes para un hombre de rudo ingenio. Su primera obra fué el *Tratado de los oficios divinos*. Compuso luego el *Tratado de la Trinidad y de sus obras*, trabajo inmenso que abraza comentarios sobre casi todos los sagrados Libros. Lo completó mas tarde con los *Tratados de la gloria de la Trinidad y de la procesion del Espíritu Santo; De la victoria del Verbo de Dios; De la gloria y del honor del Hijo del hombre*. — Hugo de San Víctor, llamado así por ser abad de San Víctor de París, de donde era monje, profesaba y enseñaba teología, oído por innumerables discípulos. Enseñaba segun el método de Boecio, y trabajaba en conciliar la filosofia con la fe. Sus dos obras mas importantes son las que exponen el modo de enseñar y de aprender, y que pudieran llamarse *Tratado de los estudios*. El ardor de ciencia que se manifestaba en este siglo, necesitaba ser dirigido bien para ser fructuoso. Hugo de San Víctor sienta una clasificacion en los diversos ramos de los conocimientos humanos, y quiere que por un sistema *sintético* á la vez que *analítico*, se eleve el espíritu, desde luego al conjunto, á los principios generales, para descender despues á los detalles y á las consecuencias. Coloca á Dios en la cumbre del mundo de la ciencia, y quiere que todo suba á él, y de él descienda y

se derive. « La filosofia, dice, es el amor de esta sabiduría » infinita, que es la inteligencia viva y la primordial razon de » las cosas. La sabiduría divina es sabiduría infinita, pues todo » lo tiene, todo lo contempla en sí : lo pasado, lo presente, lo » por venir. Es inteligencia viviente, pues que es la sustancia » increada, eterna; es razon primordial de todas las cosas, » porque todo ha sido hecho á su imágen. » Además de este método general, que se aplica á las ciencias divinas y humanas, Hugo de San Víctor quiso resumir toda la doctrina de la teología en un cuerpo completo que intituló : *Suma de las sentencias*. Era la idea que mas tarde habia de realizar santo Tomás de Aquino en su inmortal *Suma teológica*. — En tanto que estos doctores derramaban la verdadera luz de la fe, san Isidro Labrador, en Madrid, y san Alberto ermitaño, en Cambray, edificaban al mundo con su eminente santidad. El siglo xii reunia pues todo género de gloria, y semejaba á los hermosos siglos de la Iglesia en la fecundidad de sus instituciones y obras.

§ III. PONTIFICADO DE CELESTINO II (26 de setiembre de 1143-9 de marzo de 1144).

25. La muerte de Inocencio II en medio de las tempestades populares suscitadas en Roma por las fanáticas predicaciones de los partidarios de Arnaldo de Brescia podia muy bien ser señal de borrascas mayores. Una eleccion, en semejantes coyunturas, parecia estar cercada de obstáculos insuperables. Sin embargo la Providencia divina, que vela por los destinos de su Iglesia, supo triunfar de las pasiones humanas y de las dificultades sociales. Los cardenales eligieron, para subir al trono de san Pedro, al cardenal Guido de Citta di Castello, que tomó el nombre de Celestino II; y la poblacion, olvidando sus discordias, vino á aclamar al nuevo pontífice. Algunas semanas despues de su promocion, recibió dos embajadas simultáneamente : una de Luis el Joven, y otra de Tibaldo de Champaña. El rey le suplicaba que levantara el entredicho lanzado por su antecesor contra el reino de Francia. El conde